

¿ES EL NIÑO NATURALMENTE SOCIABLE?

en la periferia o superficie de las "cosas", y esta posición es poco científica. La ciencia está obligada a penetrar —o a intentarlo cuando menos— en el fondo de las mismas y descubrir, en cuanto le sea posible, la esencialidad de sus motivos y las fundamentales características que las informan y señalan.

Esta desconsideración y secular abandono del "hecho" de la inmersión infantil en la vida social como material científico, como objeto de reflexión y estudio, ha inducido a la plena aceptación del error que vamos describiendo. Pero a poco que meditemos sobre el actuar del niño, observamos que sale a nítida superficie la profunda cantera de los móviles que lo impulsan. Ahora bien, es preciso para ello que nos dispongamos a su estudio liberados del general y milenario prejuicio. Entonces vemos que el niño actúa en los comienzos de su vida escolar de manera tan independiente y autónoma y desligada de lo social, que todo él se vierte al exterior en un desbordamiento de vitalidad no condicionada ni sojuzgada por la limitación que impone la educación para la comunidad. Así le vemos moverse sin trabas, en libre vuelo hacia la "realización" de su individualidad. La cortesía, los buenos modales, el respeto a todo lo que *no sea él*, etc., son imposiciones que aquella —la educación— le hace. Nada hay en su propio fondo que se las haga vivir espontáneamente. Todos podemos ver que carece de tales cualidades, y que las adquiere lentamente. Y por ende son advenedizas e importadas. Pero mientras la educación no le ha impuesto normas, su desbordamiento vital muestra un individualismo antisocial pleno, sin cortapisas de ningún géne-

ro y opuesto a cuanto no sea su vivir autóctono y seguro. ¿Cómo se ha podido engañar el hombre a sí mismo tanto tiempo sin ver claro la triste y verdadera estructura del espíritu humano,¹ sin caer en cuenta de las profundas motivaciones de su actuar?

Porque es lo cierto que el niño, pese al "adiestramiento" que adquiere para vivir en sociedad, sostiene en forma receptiva (que se torna dominante en cuanto la ocasión le es favorable), su inclinación individualista. Y merced a esta persistencia de *sí mismo* dentro del conjunto social, no borrada por las condiciones que la convivencia en común impone, se sostiene a través de cada existencia la porción de individualidad insobornable que cada ser lleva en sí, como pregonera de la extrañeza de todo cuanto le rodea y envuelve. "La persona, el último fondo intransferible de cada vida, es estrictamente individual", ha dicho *García Morente*². Y es que a poco que meditemos desapasionadamente, vemos que la Naturaleza nos presenta, por inmutable ley trascendente, las individualidades. Y así, siempre que se muestra esta individualidad, lo hace sin importarle para nada el género humano o, a lo más, le interesa una pequeña porción de él, a la que aquélla va, en cierto

¹ Se ha de hacer una excepción: NIETZSCHE. Extraño y poderoso maridaje de enorme potencia intelectual e instintiva, vió claro la íntima estructura y prosapia del hombre, su linaje individualista, de afirmación categórica en medio del Cosmos y la sociedad en que está sumergido. Pero cimera en el alto poeta y profundo filósofo su potencia instintiva — acaso exacerbado por enfermedad el instinto de conservación y persistencia— no creyó digna de labor educativa otra dirección que la individualista, que la exaltación del individuo hasta llegar al superhombre. Para lo cual preconizaba no la despreocupación, sino la lucha contra las fórmulas sociales, castradoras de la que reputaba más noble del ser: la voluntad de dominio.

² *Ensayo sobre la vida privada*. "Revista de Occidente", N^o CXL, pág. 165.

modo, adscripta. Y no es que lo haga, precisamente, con el deliberado propósito de dificultar la vida ajena, puesto que tampoco ello le "interesa"; sino que se manifiesta su inclinación al vivir individual como intrínseca cualidad de su ser. Porque decir *ser* es decir individuo y sus propias vivencias correspondientes. He aquí lo más trivial de la vida que ha sido desconsiderado en su ingente importancia por psicólogos y pedagogos. Como el ser *se sabe único* y permanente, a esta persistencia responde todo su vivir y actuar.

Esta espontánea e inexorable manifestación individualista hace imposible su coexistencia con la tan preconizada tendencia social. Así el niño, como después el adulto, es refractario a toda asociación. Y cede sólo a ella por presión o conveniencia. Y es natural que así sea. Porque ella es freno y condicionamiento para sus inclinaciones y deseos, y limitación y pauta para la voluntad y las manifestaciones individuales —que nunca son para él desorbitadas— con vistas al cumplimiento de un fin más allá del individuo. O lo que es lo mismo: que lo que hemos dado en llamar *libertad natural* se reduce en parte, sometida a norma por la inexorable imposición del conjunto. No cabe imaginar que esta oposición no se realice. Por ello, si ahondamos en esta cuestión, observamos en general en el ser humano —en todas las fases de su existencia, si bien atenuado por la educación y el hábito— un íntimo y profundo dolor, exacerbado a la par que contenido por las fórmulas sociales, a las cuales queda el *uno* sometido. Acaso la hipocresía no tenga otra razón de existir que la que apuntamos, es

decir, la compensación de las inhibiciones a que el ser se ve constreñido.

Seguramente alguien objetará que esta tendencia antisocial del niño es una condición *psicopática*, una alteración que en su carácter presentan los anormales, y que los normales no presentan este *anti*; pero a poco que analicemos con detenimiento y provecho la cuestión que tal objeción plantea, vemos que no es así, y que lo que separa la anormalidad de la normalidad —y las diferencias— es que aquélla ofrece un marcado matiz de inadaptación, mientras que ésta solo presenta una forzada adaptación al medio social. *Erich Stern* ha definido en forma magnífica y certera los caracteres de la anormalidad psíquica infantil: "Enfermedad psíquica es pues, perturbación de la capacidad de adaptación social".¹ No cabe, pues, incluir una condición natural en el cuadro de las afecciones morales.

Algunos pensadores, si bien no le han concedido a este hecho la importancia que realmente tiene, ni han deducido las conclusiones que de ellos cabía esperar, admiten la existencia de inclinaciones que distancian a los hombres. Entre ellos se cuenta *Kerschensteiner*, cuya autoridad pedagógica no es liviano apoyo de nuestra tesis. Ha dicho²: "... en el hombre no existen sólo las tendencias liberales egoístas que los separan, sino que también actúan las tendencias sociales que los vuelven a unir". Claro es que, pese al respeto que nos merece tan

¹ *Anormalidades mentales*, pág. 31, 1ª edición. Editorial Labor.

² *El problema de la educación pública*. Edición de la "Revista de Pedagogía", pág. 35.

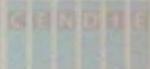
¿ES EL NIÑO NATURALMENTE SOCIABLE?

eximio pedagogo, no podemos admitir en el interior del hombre la antítesis que ambas representan. Porque dicho autor parte del supuesto —del mero hecho— de la tendencia natural a la vida social, que acepta en absoluto, sin ningún reparo y sin tener en cuenta el profundo motivo que hace posible que aquélla se desenvuelva dentro del marco del respeto y ayuda mutuos en que vivimos. Su investigación queda así reducida a registrar las tendencias separadoras, sin otras consecuencias, encontrándose, por tanto, en la necesidad de armonizarlas con aquel supuesto. Pero otra razón, de más secreto y acuciante volumen, es la que lo informa y sustenta. Mas el espejismo que a él, como a todos, presenta el encontrarnos con que advenimos al mundo y quedamos inmersos en el medio social, en el cual y para el cual, transitoriamente, nos desenvolvemos, es lo que ha producido la plena e indiscutida aceptación de inclinaciones sociales en el hombre. Ahora bien, si hubiésemos reparado en el actuar de éste, analizando, no sólo el *cómo*, sino también el *por qué* del mismo, se nos habría dado su profunda estructura psíquica y revelado los móviles que la impulsan a proceder en aquel sentido. Haciéndolo en tal forma lo primero que hiere y deslumbra nuestra mente por su extraordinaria fuerza convincente es el hallazgo de que el *yo*, el *único* que es nuestra individualidad, queda en parte sometido y soterrado por lo *ajeno*, por lo que no es el *yo*. Así advertimos que todo lo que no somos *nosotros*, que todo lo que no es *nuestra intimidad* nos es extraño y "distinto". Por lo que nos encontramos, pues, en el mundo rodeados de seres

y cosas con los que no tenemos otra relación que la de un forzado condicionamiento de nuestra existencia que nos encaja en la vida en común, adaptándonos, a nuestro pesar, a sus normas y reglamentaciones. Todo ello a *posteriori* de nuestro "asomarnos" al mundo, y contrariando nuestras naturales tendencias individuales.

¿Cómo ocurre ello? Fácil es comprender ahora que, si a toda individualidad repugna el conjunto en sentido de ser parte reglamentada de éste, únicamente se va rindiendo al mismo conforme adquiere la "evidencia" de que ha de estar inmerso en él, impotente para vivir aislado, evadido de la sociedad de modo total y absoluto. Así se sumerge y vive en ésta por el imperativo vital que determina la pluralidad de existencias en el mundo, y acaba acostumbrándose a vivir en sociedad *a fortiori*, por la ineludible presión que sobre el individuo ejerce el hecho de existir.¹ Porque es inadmisibile de todo punto que una vida pueda quedar ausente y separada del concierto humano y, más aún, cósmico. ¿Quién podría jactarse de la posibilidad de una existencia sin relación con todo lo que no sea él? Porque precisamente si no sabemos vivir es por el contraste establecido entre nosotros y lo extraño a nosotros, entre lo cual se encuentra, en primer plano, la rémora que es nuestro organismo físico. Y ahora sí que vemos y palpamos la antítesis que, por espejismo, habla y cree ver *Kerschensteiner* en el interior del hombre, cuando el área auténtica de su apari-

¹ Ya el genio poderosísimo de Platón atisbó el gran motivo primario de la convivencia social, diciendo: "Lo que da origen a la sociedad es la imposibilidad de bastarnos a nosotros mismos".



ción está en el ámbito en que coincide la vida individual estricta con la múltiple de todos los demás hombres. Mas la imposibilidad en que, como hemos visto, se halla el niño para sostener su natural individualista sin claudicación de ningún género, hace que la antítesis se resuelva en favor del aspecto social, y aquél se adapta a su *no yo*, disciplina su *uno* inquieto y rebelde y entra a formar parte de la sociedad por la *razón de existir*, o sea doblegado a las condiciones y normas que impone la vida de modo inexorable.

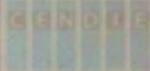
INTERPRETACION METAFISICA

SI del campo del empirismo fenomenológico —biológico y psíquico— ascendemos a la esfera de la especulación metafísica hallamos, en esta dirección, plena corroboración a aquellas investigaciones. Ambas direcciones de estudio permiten formular idéntica conclusión. Y al obtener parejo resultado por tan dispares y opuestos sentidos de la actividad del pensamiento científico, alcanza aquélla superlativo valor, y se nos presenta como una verdad nueva y esplendorosa que deslumbra por su certeza.

Seguramente nunca se ha pensado con la suficiente claridad al hablar del hombre como ente de inclinaciones sociales, cuál es la significación de éste y cuál es el motivo y finalidad de su existencia. No puede considerarse en función de *parte* o *fragmento* que se completa y une con otros para formar la "unidad superior y armónica" llamada sociedad. Al

contrario, nos es forzoso admitirlo como *unidad íntegra y total*, cuyo desenvolvimiento y variedad de experiencias ha de conseguirlos por sí mismo y en medio apropiado. En seguida surge que sujeto y medio no pueden, en modo alguno, fundirse en una sola finalidad. En todo caso, influenciarse recíprocamente —que en el estadio actual de la humanidad es más veces coacción del medio social sobre el individuo—. Por otra parte, el medio, como tal, no serviría de aquella forma al hombre, sino, a la inversa, el hombre al medio. Perdería con ello uno de sus atributos esenciales: la libertad. Mas si meditamos sobre el orden y significación de la Creación, nos encontramos con que el ser humano no sirve tampoco a ésta, sino que la justifica; es decir, que la Naturaleza no tiene otra misión que elaborar “seres personales”. El poeta más combatido del siglo XIX, y el menos comprendido, acaso, en el aspecto filosófico, tuvo y escribió esta intuición genial: “Del supremo conjunto —la Naturaleza— a la unidad suprema —el hombre—. ¹ Es decir, que aquélla es el gran laboratorio en que se forja el yo, lo que hay en el hombre de personal. Ahora bien, después de esta forja ¿puede el espíritu humano inclinarse naturalmente al conjunto de los demás para completarse mutuamente? Es evidente que para esta aproximación no pensamos en “un completarse lo completo”, sino a lo más, en un necesitarse para intensificar y ampliar sus posibilidades psíquicas —intelectuales, éticas, etc.—. En cierto modo podemos decir que es por esta aproximación como va el hombre adqui-

¹ Ramón de CAMPOAMOR, *Obras completas*, tomo I, pág. 35.



riendo cierta cantidad de "calificadas experiencias", y alcanzando una de las facetas espirituales más interesantes. Nos referimos al dominio de su *impulsividad*, frenada metódicamente y orientada en orden a la conquista de sí mismo. Reconocemos necesariamente, por otra parte, que las "experiencias" jurídicas y, en gran abundancia, las morales, las adquiere en el seno de la multiplicidad de individualidades que es la sociedad. Pero a pesar de ello tenemos la evidencia intuitiva de que esta necesidad de aproximación puede no contener la naturalidad de tendencia, puesto que tal aproximación es, en ciertos aspectos, contingente. Lo necesario práctico no implica, forzosamente, el puro concepto de lo natural. El punto en que lo necesario y lo natural se confunden imprescindiblemente es en el interior del hombre —la psiquis como realidad ontológica "única"— en donde la conjunción de lo natural con lo necesario se aclara y justifica por el objetivo de cada vida individual. Podemos decir, por tanto, que lo natural origina el concepto de lo necesario; pero lo necesario, aquí, no presupone el de lo natural.

El espíritu humano, originariamente cargado de valores negativos —pocos son los que vienen con algunos positivos— es en el taller de la naturaleza, y a través del sentido serial de la vida, donde va desbastando y consumiendo sus instintos casi materiales y sustituyéndolos por cualidades morales de alto rango; pero nunca como parte de la sociedad, sino como unidad relacionada con la multiplicidad, atendiendo siempre a sus propias tendencias individuales y a sus exclusivos fines tras-

cedentes. En este momento el papel maternal de la Naturaleza queda relegado, y entra en funciones la única aspiración y tendencia natural *hacia fuera* que hay en el orden moral. Nos referimos a aquel tender hacia el Infinito, polo Supremo al que indefectiblemente se inclinan las almas.¹ Pero, cosa extraordinaria, sin por ello perder el afán de la propia personalidad, sino, al contrario, poseído del acuciante deseo de intensificarla en grado sumo en orden a la valoración que le aproxime a Dios, bien que en la medida que le permita su pequeñez e insignificancia.

Hemos de admitir ahora que el hombre adviene a la tierra con la misión de irse "recreando", es decir, de irse forjando, en contraste con cuanto le rodea, una estructura psíquica superior, de comprensión y realización moral más elevada que sustituye, por lo general lentamente, a la que trae. Pero no lo consigue por la sociedad, sino en la sociedad y por sí mismo. Sin que haya ayuda extraña que le exima y libere de sus propios esfuerzos para ello. En aquélla, más que su complemento, que para nada necesita y cuya búsqueda fuera de sí sería el colmo de lo absurdo, encuentra el choque de su individualidad racional y afectiva con las ajenas, del cual surge la llama y la luz de su transformación hacia el perfeccionamiento inacabable. Lo que no consigue un día otro lo alcanza. El hecho en sí es que la sociedad es el medio que utiliza para gran parte de sus "experien-

¹Entonces el hombre se halla en vías de trascender la existencia material y aspira concretar su personalidad en rápida proyección hacia lo "eterno permanente".